

Yo he querido competir con Dios, llegó un día en que por haber guardado el ayuno por un mes, me sentí superhombre, he sido semidiós, superior a toda criatura humana; me veía fuerte e inmortal, mi arrogancia no tuvo límites y destrocé a seres que quería, sólo por el placer de mirar el sufrimiento en ellos; una tarde en que nadaba, en un río que cruza el municipio aldeaño al nuestro, sentí un calambre que endurecía mi pierna derecha y la inutilizaba, no podía alcanzar la orilla, entonces oré, me vi mísero y frágil, prometí dejar atrás las vanidades y buscar la santidad en lo sencillo. Desde entonces sólo, realizo varios oficios para mi pan diario, reparto las limosnas que recibo entre otros que padecen estrechez y cada noche ofrezco a Dios los dolores que me aquejan como pago de lo mucho que le debo.

Mi consternación era profunda, Félix había recuperado el aplomo; él pedía para ayudar a otros, sufría los menosprecios, la indiferencia y el repudio con el fin de socorrer las necesidades ajenas, sin saberlo estaba en el camino que creía perdido. Le ofrecí ayuda pero se negó; se levantó, me extendió su mano y yo la estreché en júbilo y con llanto, éste aumentó al advertir la aspereza de sus manos y callosidades.

Cuando divisaba su silueta perderse en lontananza llegaba a la puerta y se asombró de verme parado en la puerta; mi primer impulso fue explicarle que el monje no era otro que mi amigo Félix, pero recordando su ruego, pretexté que la esperaba para la cena; entonces comprendí cuán fácil es mentir para evitarse mayores explicaciones.

Muchos meses han pasado desde la tarde en que hablamos en mi casa, cada domingo no he faltado a misa por ver si lo encuentro pero no ha aparecido. Uno de tantos escuché que alguien comentaba que quizá mudó de templo porque muchos buscan la manera de mendigar para no trabajar; me dolió ese comentario pero me quedé callado, Félix quería purificarse y si se supieran su verdad, más de lo que le estorbaría.

Hace poco crucé un parque que está frente a una escuela, de ella salían algunos niños cargando sus mochilas repletas de libros y libretas - me pregunto si los usan todos o si sólo los hacen cargar para que desde pequeños sepan que el estudio es pesado y cuesta mucho; uno de ellos le gritó a otro: -Y, tú, ¿no lo has visto? El otro, acercándose, respondió: -No, pero se me hace que ya murió, cuando hablé con él, me dijo que el mal ya no lo dejaba comer, ni dormir; en Navidad lo sabremos, tú sabes que siempre viene por los regalos que da el padre Segura.

Me supuse que podrían estar hablando de Félix y para cerciorarme les pregunté: -¿De quién hablan? Ellos se voltearon a verme con sorpresa, y el más grande respondió: -Del monje loco, ya no viene y lo extrañamos, nos hacía bromas y nos hablaba de Dios, pero a otros niños les daba miedo y corrían a decirles a sus papás que era malo, nosotros sabemos que no.

Yo también lo sé- les dije con una sonrisa y creo que les gustó porque se despidieron contentos. Ahora es Navidad, estoy en las puertas del templo, su lugar, aquel escalón que yo ocupé un día, está vacío. Comprendo que Félix ha muerto, me pregunto si ahora es feliz, o si, como temo, la felicidad no existe en ninguna parte.

No, pos sí.

No, pos sí

Para: Hilda y Adrian

-Sí, compadre, yo creía que mi mujer me iba a aguantar siempre, pero no, ya ve usted, la cabra tira al monte. Ahora que yo había regalado un rebozo de seda, que no será importado, pero el caballo dado no se le ve lado. Ella se molestaba por mi dedicación a labor, más usted sabe, que al ojo del amo engorda el caballo.

-No, pos sí.

-Y, no crea compadre, que me duele sólo por mí, la cosa también por los niños; ellos son como yo, de tal palo tan astilla, hijo de tigre, pintito, somos muy sensibles. Cuando nos casamos, mi abuelo me dijo escoge bien Fulgencio, escoge bien, y como yo soy ingenuo, me dejé llevar por su belleza. De trabajar nada sabía; usted y yo sabemos que al que madruga Dios lo ayuda, pero ella no compadre, y me resongaba que no por mucho madrugar amanece más temprano; con el tiempo se hizo retobona y un día me respondió que la mula no era arisca, sino que la hicieron.

-No, pos sí.

-Vaya usted a saber de dónde sacaba tanto dicho, nada para contestarme, nomás para eso. Figúrese usted, compadre, cuando fuimos al rancho de Las Isabeles, para el quinceañeros de Conchita, me dijo que le comprara un vestido nuevo de seda, señor, y cuando le respondí que la mona que se viste de seda queda, no va a creer que se me enojó y yo, para reafirmar mi aseguré que el hábito no hace al monje, y entonces, ella replicó como dicen los anuncios de la radio: pero forma parte de él.

-No, pos sí.

-Ahora, que como no sólo lo negativo se debe de decir, tengo que reconocer sus cualidades para la limpieza de la cocina, a usted le consta. A ella sí que no se le iba un tomate estero, y la ropa sucia siempre la lavó en casa, porque nunca fue amiga de chismes, otra cosa a su favor; no sé la mera verdad, compadre, si la culpa de su cambio fue la llegada de esos señores que dizque del cine, que andaban buscando el rostro de la década y por supuesto, la Tomasa, que le comenzó a calentar la cabeza con eso de que ella era muy bonita y que la gente bonita no tenía porqué estar trabaje y trabaje, Sí, entre éstos y otra, me la pusieron como un pavo real y yo pagué los platos rotos, porque ya no me ayudó en nada y hasta empezó a pedir prestado perfumes, ropa y aretes, que dizque para enmarcar más su belleza. Yo le hice ver lo que usted y yo sabemos, compadre: el que de ajeno se viste en la calle lo desvisten, cuideme Diosito de mis amigos que de los enemigos yo me cuido, más vale pájaro en mano que ciento volando, camarón que se duerme se lo lleva la corriente y agua que no das de beber déjala correr.

-No, pos sí.

-Pero ella no entendía razones, compadre, como Gabino marrera, se montó en su silla y nadie podía bajarla; desatendió a los niños y allí fue cuando intervine yo; le dije todito te lo consiento, que no atiendas a tus hijos, mujer; te he pasado algunas cosas porque comprendo que deseas algún cambio, la rutina cansa, pero más vale paso que dure y no trote que canse. Y yo la hubiera perdonado compadre, mas ella tenía que ganarse ese perdón, de perdido pedirlo, compadre. Pero no, ella se hizo orgullosa, creyó que la belleza es para siempre, porque como se dice que genio y figura hasta la sepultura, y no, compadre, aquí no funcionó, la belleza se pierde, como la juventud, con los años; a veces, creo que es cierto eso que árbol que nace torcido, nunca su rama endereza.

-No, pos sí.

-Y pensar que yo creía que la Tomasa era buena amiga, pero ya ve, dime con quién andas y te diré quién eres; quien con lobos anda, a aullar se enseña y, no todo lo que brilla es oro. Por un tiempo llegué a pensar que mejor me hubiera casado con ella, no es tan buena como mi Renata, pero eso sí, es organizada y cumplida en sus obligaciones.

-No, pos sí.

-Lo que me disgustó, fue que me lo dijera a boca de jarro nomás que hay que bailar al son que toquen y cuando vino el fuefue soporté que entrara como Pedro por su casa, y como cada uno sabe donde le aprieta el zapato, le dije: a buenas horas mangas verdes; pero él no entendió, compadre, porque ellos no hablan, ni piensan como nosotros. Pues sí, compadre, dejé de llevar la voz cantante y el orgullo, ya que no por riqueza, les dije que Dios aprieta pero ahoga; que al principio del matrimonio todo era miel sobre hojuelas, jarrito nuevo dónde te pondré, no me cabía el corazón sobre el pecho, mas después tuve que comprender que a veces, en ciertos asuntos uno no tiene arte ni parte, y que no todo el monte es orégano.

-No, pos sí.

-El día que me dijo: -Fulgencio, tengo que salir; yo pregunté ¿Adónde? Y ella respondió: No me interrumpas, te tienes derecho a probar que puedo ser actriz. Yo solté la carcajada y le dije: Pero si para esos se estudia y tú, qué estudios tienes, creída. Ella me mostró serena, compadre, a mí me llevaban patas de cabra, me se me un león enjaulado; sin embargo, tuve que oírla, porque el discurso tenía preparado, sí compadre, ese discurso lo preparó desde antes. Que sí yo no la había valorado, que en tantos años de casados apenas sí le había regalado un rebozo de seda, que nunca la llevaba de pasar

que no sólo de pan vive el hombre, que yo creía que panza llena corazón contento; me dijo que se iba con una amiga a la capital, yo le advertí que el muerto y el arrimado al tercer día apestan; nomás que no me oyó, su discurso lo traía de memoria, y lo que sea, tiene buena memoria, hasta me sacó lo de la luna de miel que sólo fue platicada para poder comprar algunos muebles, y que ella se sentía como capilla que nunca tuvo su fiestecita.

-No, pos sí. Pero, ¿Y si vuelve?

-No ponga el dedo en la llaga, compadre, que mi gozo se fue al pozo, además, usted sabe la ola de rumores que han levantado las malas lenguas: Que si se fue con otro, que si no era buena madre, bueno, hasta mi paternidad anduvo de boca en boca, y eso que todos saben que he llevado la sartén por el mango. Le cuento esto para que no se me quede en ayunas y sepa, como la cuchara, lo que contiene la cazuela.

-No, pos sí.

-Por eso la dejé partir, compadre, porque sentí que ella tenía derecho a probar suerte en otra cosa, más cuando está segura que a sus hijos, conmigo no les faltará nada. Ahora, que si le va mal, pues ella sabe que puede volver, sólo que tendrá que pasar mucho tiempo para que las cosas vuelvan a ser como antes, porque se perdona la falta, pero no se olvida.

-No, pos sí.

Otoño/94

¿Recuerdas?

¿Recuerdas?

Entonces íbamos a la función de los miércoles, tres películas por un peso, a ese cine que luego al correr del tiempo se quemó después lo inauguraron con otro nombre. Una semana, eran las tres de miedo, y otra, las tres de risa. ¡Cómo nos divertíamos! Bueno, tú las primeras por partida doble, porque te gustaba mirar la angustia pintada en mi rostro, y escuchar mis gritos; yo, en cambio, prefería segundas, esas sí me hacían olvidar el reglamento paterno y la pobreza que reinaba en nuestra casa. Alguna vez, nos alcanzaba para las palomitas, pero no para los refrescos; en otras, sobre todo en las tardes calurosas, sólo comprábamos las bebidas.

¿Recuerdas?

Cuántas veces recorrimos la Alameda, tres veces seguidas porque queríamos demostrarnos que teníamos coraje para hacer muchos retos. Y, luego, nuestras idas al Obispado, eso sí era sustancioso claro que ascendíamos en sábado, no podíamos faltar a clase el día siguiente. Y después cómo reponíamos el tiempo; luego era todo un día de domingo de tarea, entonces no salíamos ni a misa, primero por obligación, había que quedar bien con los maestros, participar en clase para que no enviaran reporte a casa por nuestras faltas.

¿Recuerdas?

Cundo fuiste a pedir permiso para vernos en la casa, por eso se le caen las pestañas a mi padre; mi madre se tuvo que sentar porque le faltaba el aire, y luego lo callado que te quedaste, porque mi padre quiso saber en qué trabajabas, y tú apenas si ayudabas a tu madre en la venta de los quesos que recibían de Oaxaca, gracias a las agencias de mi tío Felipe.

tu silencio fue significativo y delator; la respuesta de mi padre no se hizo esperar: -Mire, jovencito, aquí somos pobres, pero comemos del bolsillo de nuestra frente, y usted, si no gana un salario ahora, vuelva a buscarlo cuando lo gane. Y te cerró la puerta, mientras yo me quedaba enojada, con él, sino contigo, porque no le dijiste que estabas juntando unos centavos para cuando fuésemos más grandes, porque no le contestaste que tu mamá ya me conocía y me quería, que donde comen dos, comen tres: pero no, tú tuviste temor de la ira de mi padre y te fuiste escondiendo, y yo comencé a odiar la pobreza.

¿Recuerdas?

Yo terminé enfermería y comencé a trabajar en el Seguro Social, pagaban bien, pero era mucho el trabajo; casi ya no nos quedábamos, quería ahorrar para los dos y doblaba turnos. Todo inútil, la cuenta del Banco apenas crecía, en cambio, el cansancio se multiplicaba y la ausencia fue dando sus frutos; tú fuiste el primero que notó mi transformación; yo creía que me arreglaba por mi trabajo, pero había que levantar el ánimo a los enfermos; pero no, tú siempre fuiste más sagaz que yo, y el día que te atreviste a decirme que ya no era la misma Julia de antes, yo me reí y no te creí, de veras, no te creí.

¿Recuerdas?

Aquella tarde en que fuiste por mí al Hospital de Zona sin avisarme, yo había firmado en el Diario mi salida y, César uno de los paramédicos que auxiliaban en la ambulancia, me dijo: -Ahora, por qué se va tan temprano, Julia; sólo sonreí, desde que en una ocasión le escuché silbar el vals que lleva mi nombre y una de las compañeras -Marilita- me comentó que yo le gustaba, comencé a guardarle distancia, ya que sólo tenía ojos para ti, Miguel, por eso me limité a sonreír. Al llegar a la puerta, me alcanzó en mala hora, me tomó del

brazo y me invitó un café en El Fénix; le contesté que no podía insistir, sin soltarme del brazo; tú llegaste y tus palabras se quedaron grabadas no en los oídos, sino en el corazón: -Conque mucho trabajo. ¿Eh? La sorpresa me dejó anonadada, y tú no esperaste a que repusiera, te fuiste sin escucharme, sin comprenderme. Era la segunda vez que te veía partir como un soberano sin trono y la decepción lanzó a los requerimientos de César.

¿Recuerdas?

Tú te casaste con Licha, tu vecina, no era muy guapa pero muy dejadita, todo aceptaba, se iba derechito por donde tú querías hablar y todo soportaba. Era a la medida de tus deseos, sólo hubiera superado una sordomuda. Yo me casé con César, al principio todo marchó muy bien, pero poco a poco, la amargura que guardaba por no ser un médico titulado, fue agotando -sorbo a sorbo- mi alegría.

¿Recuerdas?

Después de cinco años de casados nos volvimos a ver por una vez, tu esposa chocó y vino a dar al hospital donde trabajo. En seguida me reconocí y me esmeré en atenderla; ella iba muy mal, y por desgracia para cuando te avisaron y llegaste a verla, Licha ya había fallecido. Todo fue rápido, te vi llorarla, mas en cuanto me viste, corríste hacia mí, me tomaste de las manos y no las soltaste, hasta que yo tuve que dejarte por que me hablaban de la recepción. Cuando volví ya no estabas, mas tú habías vuelto a llenar mi existencia. Me empecé a conmigo misma, pedí retirarme porque me sentía indispueta, te dejé seis meses separada de César; su creciente irritabilidad me hizo obligado a dejarlo, para ir en busca de la tranquilidad para mí y Julieta mi hijita.

¿Recuerdas?

Al año de la muerte de Licha, me buscaste y como si ya hubiéramos acordado volver, volvimos. Yo empecé a preparar a Julieta para que te aceptara como nuevo papá, ella era de tan corta edad que no vio mal eso. Y ahora, ya ves, me volviste a fallar, estás aquí, sin hablar, sin moverte, con tu profundo silencio de siempre y para siempre, y yo te pregunto por enésima vez: -¿Recuerdas? Decías que me querías, que yo era tu adoración; Dios debe haberte castigado, porque sólo a Él debe adorársele. Y, ahora, qué le digo a la niña que ya no tendrá papá nuevo, que otra vez estamos solas. Es muy duro, Miguel, es muy duro que tú no sepas cumplir tus promesas. Si es cierto que después de esta vida nos volvemos a encontrar, entonces yo te volveré a preguntar: ¿Recuerdas? Porque yo sí, seguro que lo recuerdo todo.

Irving

La madre de Irving se había empeñado en que su hijo fuera concertista, así que desde pequeño, éste hubo de dedicar muchas horas de su existencia al estudio del piano. La primera maestra que tuvo, descubrió que Irving no tenía talento ni interés por la música así se lo hizo saber a su madre pero ella no entendió o no quiso entender, por lo que, como respuesta a la opinión de la maestra, llevó con otra.

Cuando Irving completó sus quince años, resintió la falta de libertad que constituía el dedicar su tiempo al estudio del piano y contar con momentos para la diversión y su desarrollo social. La juventud pedía la frescura de la novedad y la aventura, mas su madre le seguía exigiendo que estudiara piano.

Un día que se hallaba solo y muy deprimido, Irving pensó que no sabía el motivo pero sus oídos permanecían cerrados para la música y que nunca podría convertirse en un concertista. Repentinamente cerró los ojos y recordando a su tía Maricarmen que creía en milagros, pidió a Dios con todo su corazón que le concediera poseer aptitud para la música, prometiendo a cambio, volver a pedir otro milagro, pues sabía de antemano que sólo sucedería de vez en cuando. Primero sintió algo parecido a un vértigo, seguida un abundante sudor resbalaba por sus dedos que temblaban sin su voluntad y después, un súbito estirón en el cuello que lo obligó a entreabrir los ojos y deslizar sus dedos sobre el teclado; poco a poco recobró la calma, comenzó a escuchar lo que tocaba, no sabía el nombre pero se oía bien; presentía que las manos que veía acariciar más que tocar, el piano, no eran de él, parecían tener vida propia; extasiado se dejó llevar por una sublime emoción y sólo pudo murmurar un ¡Gracias!, cargado de sincera vehemencia.

Al día siguiente cuando despertó, pensó que todo debía haber sido un sueño, no obstante, le entró la duda y para anular su incertidumbre, se dirigió a la sala, abrió el piano, se sentó en el banco y temerosamente, comenzó a tocar; desde la cocina su madre lo escuchaba asombrada por dos razones: primera, porque los domingos, Irving no acostumbraba levantarse temprano; y la segunda, porque él, tampoco tocaba el piano en domingo. Dejó de prepararse el desayuno para poner más atención en la música y se dijo a sí misma: Cuánto ha mejorado. Qué ejercicio tan bien ejecutado. Irving pasaba de un ritmo suave a otro violento, las notas fluían con la rapidez de un río embravecido, los adagios armoniosos daban paso a las notas difusas y semifusas para volver a tomar el cauce sereno de la armonía; su madre se dejó venir asombrada a querer confirmar con sus ojos, lo que le informaba el oído, y mayor fue su asombro cuando observó que su hijo no leía partitura alguna, entre lágrimas lo abrazó, Irving lloraba también.

En uno de los conciertos que ofreció para beneficio de los niños de un hospicio de Campeche, le presentaron a las educadoras, entre ellas estaba una que se parecía a su tía Maricarmen no sólo en lo físico, sino también en el trato afable y hasta en el nombre: María del Carmen; las relaciones se dieron de manera natural y sin contratiempos, los viajes de Irving a Campeche motivaron que ambos quisieran casarse cuanto antes para evitar las constantes separaciones. Ahora, Irving prefería dar pocos conciertos fuera de la capital, con el fin de estar cerca de su esposa y del pequeño Iván, su primer hijo.

A insistencia de su madre, Irving se vio obligado a aceptar una gira por algunos lugares de Sudamérica; ella estaba muy orgullosa de su hijo desde que aprendió a tocar el piano sin necesidad de leer la nota, por arte de magia, como ella decía. Cuando Irving regresó de

Perú, último país que le tocó visitar encontró a Carmen muy afligida su hijo había sido atropellado por un automovilista que se dio a la fuga; Iván se encontraba a punto de ser intervenido quirúrgicamente y del éxito de esa operación dependía su salvación.

El hospital se había llenado de silencio, al fondo del pasillo a un lado del quirófano estaba un pequeño saloncito que hacía veces de capilla, sobre el reclinatorio central estaba un hombre arrodillado y bañado en lágrimas, era Irving que musitaba en voz baja: Padre, hace años te pedí el milagro de que yo, torpe como yo, pudiera tocar el piano con facilidad, Tú abriste mis oídos y pude escuchar lo que Tú me dictabas que tocara; en ese entonces pensé que nunca tendría -¡Pobre iluso!- necesidad de otro milagro; yo hice Señor, para darle gusto a mi madre y Tú me escuchaste, hoy me pido que le des gusto a un padre y una madre angustiados, si es necesario, vuelve a cerrar mis oídos, corta mis manos, quemame el piano, toma mi vida a cambio de la de Iván, Señor. Irving calló, sus lágrimas resbalaron por sus mejillas como por caminos conocidos así estuvo mucho tiempo, no supo cuánto.

Cuando María del Carmen fue a buscar a su esposo encontró todavía arrodillado y con los ojos húmedos, ella lo tomó de la mano y le dijo que el niño se había salvado, su rostro pretendía mostrar un gesto de alegría pero la angustia pasada lo impedía; los dos se abrazaron y sus lágrimas se mezclaron; Irving agradeció en el corazón el segundo milagro recibido. Pasado el período postoperatorio, ya recuperado totalmente el niño, Irving evitaba sentarse a tocar el piano, temía ya no contar con sus dotes musicales no le importaba haberlos perdido, mas se sentía mejor si lo ignoraba.

Se aproximaba el Día de las Madres y Carmen le pidió a su esposo que tocara en el festival que ofrecería la escuela donde Iván iniciaba sus estudios, él iba a negarse, pero ella se lo pidió con tal vehemencia que Irving le contestó con un Ya veremos- sólo para ganar tiempo.

Esa tarde, en un momento en que Carmen había salido de compras e Iván hacía sus tareas en su cuarto, Irving se encerró en la sala y sentándose en el banquillo, abrió el piano que por vario tiempo había permanecido cerrado y comenzó a tocar; al principio lo hizo torpemente, los nervios lo dominaban, casi no escuchaba sonido alguno, su respiración era agitada, luego, lentamente se fue dando cuenta que sí, que tocaba como antes, y comenzó a verter lágrimas dulces de felicidad. Los armoniosos sonidos salían a la calle, irrumpían los ventanales de las casas vecinas y cuando Carmen guardó el automóvil en la cochera, bajó con prisa y alegría, su esposo había vuelto a tocar el piano; entró a la sala y se colgó del cuello de Irving, ambos estaban embelesados. Irving le confesó lo de los milagros, ella escuchaba fascinada y después comentó: -Dios no se retracta; Irving hubo de reconocer que eso era una gran verdad.

